

El Niño Estrella

Oscar Wilde

www.librear.com

El lobo tenía un espíritu enteramente práctico y no le faltaba nunca un buen argumento.

—Bueno, por mi parte —dijo el leñador, que era un filósofo nato— no necesito una teoría atómica como explicación. Las cosas son como son, y en este momento hace un frío terrible.

Verdaderamente el frío era terrible. Las ardillas que vivían en el interior del gran abeto se restregaban unas contra otras los hocicos para calentarse, los conejos se hacían una bola en sus madrigueras y no se atrevían ni a mirar fuera de las puertas. Los únicos seres que parecían alegrarse eran los grandes búhos de cuernecillos. Sus plumas estaban completamente tiesas con la escarcha, pero no les importaba, y girando sus grandes ojos amarillos se llamaban unos a otros a través del bosque:

—¡Tugüit! ¡Tujú! ¡Tugüit! ¡Tujú! ¡Qué tiempo tan delicioso tenemos!

Los dos leñadores seguían caminando, soplándose fuertemente los dedos y pisando con sus grandes botas herradas sobre la nieve endurecida. Una vez se hundieron en un hoyo profundo, del que salieron blancos como molineros cuando están moliendo; otra vez resbalaron sobre el duro y liso hielo de una charca, y sus haces se desataron, y tuvieron que volver a amarrarlos de nuevo; otra vez creyeron que habían perdido su camino y un gran terror les sobrecogió, pues sabían lo cruel que es la nieve con quienes se duermen en sus brazos. Pero pusieron su confianza en el buen San Martín, que cuida de todos los viajeros, y volviendo sobre sus pasos avanzaron cautelosamente, hasta que al fin llegaron al lindero del bosque y vieron el fondo del valle y las luces del pueblo donde vivían.

Tan contentos se pusieron al encontrarse salvados que se echaron a

reír a carcajadas, y la tierra les pareció una flor de plata, y la luna como una flor de oro.

Sin embargo, después de haberse reído se pusieron muy tristes, pues recordaron su pobreza, y uno de ellos dijo al otro:

—¿Cómo vamos a estar alegres, viendo que la vida es para el rico y no para los que son como nosotros? Habría sido preferible que nos hubiéramos muerto de frío en el bosque, o que alguna fiera hubiera caído sobre nosotros, matándonos.

—Es verdad —contestó su compañero. Mucho tienen algunos y poco tienen otros. La injusticia ha dividido el mundo en parcelas y nada está repartido por igual, excepto el dolor.

Pero, cuando estaban lamentándose de su miseria, sucedió una cosa extraña. Desde el cielo cayó una hermosa y brillantísima estrella. Deslizóse oblicuamente del firmamento y pasando entre las otras estrellas en su carrera, mientras ellos la contemplaban maravillados, pareció caer detrás de un grupo de sauces que se erguían junto a un redil de ovejas, distante a una pedrada escasa de ellos.

—¡Vaya! ¡Menudo puchero de oro para quien lo encuentre! —exclamaron, echando a correr: tan ansiosos de oro estaban.

Uno de ellos corría más velozmente que su compañero, dejándolo atrás, se abrió camino a través de los sauces, llegó al otro lado y, ¡oh, sorpresa!, he aquí que había una cosa dorada sobre la blanca nieve. Se dirigió apresuradamente hacia ella y, deteniéndose, puso sus manos encima; era una capa de tisú de oro curiosamente sembrada de estrellas y enrollada en muchos dobleces. Gritó a su compañero que había encontrado

el tesoro caído del cielo, y cuando su compañero llegó, ambos se sentaron en la nieve y desliaron los dobleces de la capa para poder repartirse las monedas de oro.

Pero, ¡ay!, no había allí dentro oro ni plata algunos, en realidad, ni tesoro de ninguna clase, sino sólo un niño dormido. Y uno de ellos dijo al otro:

—Este es un amargo fin de nuestra esperanza, y tampoco tenemos suerte alguna, pues, ¿qué beneficio puede traer un niño a un hombre? Vamos a dejarlo aquí y sigamos nuestro camino, ya que somos pobres y tenemos hijos propios, cuyo pan no podemos dar a otros.

Pero su compañero respondió:

—No, de ningún modo, pues sería una maldad dejar perecer a este niño en la nieve. Aunque soy tan pobre como tú y tengo muchas bocas que alimentar y poca cosa en la olla, me lo llevaré a casa y mi mujer cuidará de él.

Y cogiendo tiernamente al niño y envolviéndolo en su capa para protegerlo del áspero frío, siguió bajando por la colina hacia el pueblo. Su compañero se quedó maravillado de su locura y blandura de corazón.

Cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo

—Tú tienes el niño; dame, por tanto, la capa, pues acordamos que nos lo repartiríamos. Pero él le contestó:

—Nada de eso, pues la capa no es ni mía ni tuya, sino solamente del niño.

Cuando su mujer abrió la puerta y vio que su marido volvía sano y salvo, le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó, y descargando de su

espalda los haces de leña y quitando la nieve de sus botas, le pidió que entrase.

Pero él le dijo:

—He encontrado algo en el bosque y te lo he traído para que lo cuides.

Y permanecía inmóvil en el umbral.

—¿Qué es? —exclamó la mujer—. Enséñamelo, pues la casa está vacía y necesitamos muchas cosas.

Y él abrió la capa y le mostró al niño dormido.

—¡Ay, buen hombre! —murmuró ella— ¿No tenemos ya nuestros propios hijos para que tengamos que traer a un niño abandonado a sentarse al hogar? ¿Quién sabe si no nos traerá la mala suerte? ¿Y cómo podremos atenderle? Y se enfureció contra su marido.

—No, porque es un Niño-Estrella —contestó, y luego le contó de qué extraño modo lo había encontrado. Pero ella no se apaciguó, sino que se burló de él y, muy enfadada, le gritó:

—Nuestros hijos carecen de pan, y ¿vamos a alimentar a los de otros? ¿Quién nos cuida a nosotros? ¿Y quién nos da de comer?

—Nadie, pero Dios cuida hasta de los gorriones y los alimenta —contestó él.

—¿Y no se mueren de hambre los gorriones durante el invierno? —preguntó ella—. ¿Y no es ahora invierno?

El hombre no respondió, pero continuó inmóvil en el umbral.

Un viento crudísimo llegó del bosque por la puerta abierta e hizo temblar y tiritar a la mujer, que dijo:

—¿No quieres cerrar la puerta? Entra un viento helado y tengo frío.

—En una casa donde hay un corazón duro, ¿no entra siempre un viento helado? —preguntó él.

La mujer no contestó nada, pero se acercó mucho al fuego. Después de un rato se volvió, le miró y sus ojos estaban llenos de lágrimas. El entró presurosamente y dejó al niño en sus brazos, y ella lo besó y lo acostó en una camita donde reposaba el más pequeño de sus hijos. A la mañana siguiente, el leñador cogió la curiosa capa de oro y la colocó en una gran arca, y un collar de ámbar que llevaba el niño al cuello, su mujer lo cogió y lo guardó también en el arca.

Así, pues, el Niño-Estrella se crió con los hijos del leñador, se sentó a la misma mesa que ellos y fue su compañero de juegos. Cada año su aspecto era más hermoso, de tal modo que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, pues mientras ellos eran morenos y de cabellos negros, él era blanco y delicado como un trozo de marfil, y sus rizos parecían espirales de asfódelo. Sus labios también eran semejantes a los pétalos de una flor roja, sus ojos eran como violetas a la orilla de un claro río y su cuerpo como el narciso de un campo donde no entra nunca el segador.

Sin embargo, su belleza le fue perjudicial, pues crecía orgulloso, cruel y egoísta. Despreciaba a los hijos del leñador y a los otros niños del pueblo, diciendo que eran de baja estirpe, mientras que él era noble y procedía de una estrella, y erigiéndose en señor de ellos, los llamaba sus siervos. No se apiadaba del pobre o del que era ciego o contrahecho, o estaba afligido por cualquier dolencia, sino que les tiraba piedras y los perseguía hasta el camino real, mandándoles que mendigaran su pan en otra parte; de tal

modo que sólo los proscritos volvían a pedir limosna al pueblo.

Verdaderamente era un enamorado de la belleza y se burlaba de los feos y de los débiles; sólo a sí mismo se amaba. En verano, cuando los vientos se aquietaban, gustaba de tumbarse junto al pozo del huerto del cura y contemplar en él la maravilla de su propio rostro, riendo de placer ante su belleza.

Con frecuencia el leñador y su mujer le regañaban, diciéndole:

—No nos portamos nosotros contigo como te portas tú con los desconsolados, que no tienen a nadie que les socorra. ¿Por qué eres tú tan cruel con todos los que tienen necesidad de compasión?

A menudo el anciano cura enviaba a buscarlo y procuraba enseñarle a amar a todos los seres vivientes, diciéndole:

—La mosca es tu hermana; no le hagas daño. Los pájaros silvestres, que vagan por el bosque, tienen su libertad; no se la arrebatas por gusto. Dios hizo a la lombriz y al topo, y cada uno tiene su lugar. ¿Quién eres tú para traer el dolor al mundo de Dios? Hasta los rebaños del campo lo alaban.

Pero el Niño-Estrella no hacía caso de sus palabras, fruncía el entrecejo, se encogía de hombros y volvía junto a sus compañeros, a quienes mandaba. Sus compañeros le seguían porque era hermoso, de pies ligeros, y sabía bailar y tocar el caramillo y hacer música. Y seguían al Niño-Estrella a cualquier sitio adonde les condujese, y hacían todo lo que el Niño-Estrella les ordenaba que hiciesen. Y cuando él, con un junco aguzado, sacaba los empañados ojos de un topo, ellos se reían, y cuando arrojaba piedras a los leprosos, también se reían. En todo los dirigía, y

ellos llegaron a ser tan duros de corazón como él.

Y he aquí que un día pasó por el pueblo una pobre mendiga. Sus ropas estaban destrozadas y harapientas, y sus pies sangraban a causa del áspero camino que había recorrido. La mujer se hallaba en una situación muy mala. Sintiendo rendida, se sentó a descansar bajo un castaño.

Pero en cuanto el Niño-Estrella la vio, dijo a sus compañeros

—¡Mirad! Aquella sucia mendiga se ha sentado bajo aquel hermoso y lozano árbol. Venid, vamos a echarla, pues es fea y contrahecha.

Y, acercándose, le tiraba piedras, y se burlaba de ella, y ella lo miraba con terror, fijamente. Cuando el leñador, que se encontraba allí cerca cortando leña, vio lo que hacía el Niño-Estrella, corrió hacia él y le reprendió, diciéndole:

—Indudablemente eres duro de corazón y no conoces la misericordia. Pues, ¿qué daño te ha hecho esa pobre mujer para que la trates de tal manera?

El Niño-Estrella se puso rojo de cólera y, dando una patada en la tierra, dijo:

—¿Quién eres tú para preguntarme lo que hago? No soy hijo tuyo para tener que obedecerte.

—Dices la verdad —contestó el leñador—; sin embargo, yo fui compasivo contigo cuando te encontré en el bosque.

Cuando la mujer oyó estas palabras, lanzó un fuerte grito y cayó desmayada. El leñador la transportó a su casa y su mujer la cuidó. Al volver en sí de su desmayo, pusieron ante ella de comer y de beber, y la

invitaron a que cobrase fuerzas.

Pero ella no quiso comer ni beber, y tan sólo dijo al leñador:

—¿No dijiste que habías encontrado al niño en el bosque? ¿Y no fue esto hace hoy diez años ?

El leñador contestó

—Sí, en el bosque lo encontré, y hoy hace diez años de ello.

—¿Y qué señales encontraste en él? —preguntó ella—. ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en una capa de tisú de oro, bordada de estrellas?

—Cierto, así es —repuso el leñador—. Fue como has dicho.

Y sacando la capa y el collar de ámbar del arca donde estaban, se los mostró. Cuando ella los vio, lloró de alegría y dijo:

—Este es el hijito mío que perdí en el bosque. Te suplico que lo mandes venir enseguida, pues en su busca he recorrido el mundo entero.

El leñador y su mujer salieron, pues, a llamar al Niño-Estrella y le dijeron:

—Entra en casa y allí encontrarás a tu madre que te está esperando.

El entró corriendo, lleno de asombro y de alegría. Pero cuando vio quién era la que lo esperaba, se echó a reír desdeñosamente y dijo:

—Bueno, ¿dónde está mi madre? Pues aquí no veo más que esta vil mendiga.

Y la mujer le dijo:

—Yo soy tu madre.

—¡Estás loca! —exclamó el Niño-Estrella, iracundo—. Yo no soy hijo tuyo, pues tú eres una mendiga fea y andrajosa. Así es que vete de aquí, y

que no vuelva a ver nunca más tu cara sucia.

—No, tú eres realmente mi hijito, el que perdí en el bosque —exclamó ella, y se arrodilló tendiéndole los brazos—. Los ladrones te robaron y te abandonaron para que murieses —murmuró—, pero, en cuanto te vi, te reconocí, así como las señales y la capa de tisú de oro y el collar de ámbar. Por lo tanto, te ruego que vengas conmigo, pues llevo recorrido el mundo entero en tu busca. Ven conmigo, hijo mío, ya que tengo necesidad de tu amor.

Pero el Niño-Estrella permaneció inmóvil en su sitio y cerró, además, las puertas de su corazón ante ella, y no se oía más sonido que el de los sollozos apenados de la mujer.

Finalmente habló él, y el tono de su voz era áspero y amargo:

—Si verdaderamente eres mi madre —dijo—, mejor habría sido que no hubieses venido a traerme la afrenta, sobre todo teniendo en cuenta que yo creí que era hijo de alguna estrella, y no de una mendiga, como tú dices. Vete, pues, de aquí, y que no vuelva a verte más.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó ella—. ¿No querrás siquiera darme un beso antes de que me vaya? He sufrido mucho para encontrarte.

—No —dijo el Niño-Estrella—, porque da asco mirarte; antes preferiría besar a un sapo o a una víbora que a ti.

Entonces la mujer se levantó y se fue por el bosque llorando amargamente. Cuando el Niño-Estrella vio que se había ido, se puso contento y volvió corriendo hacia sus compañeros para seguir jugando con ellos.

Pero cuando éstos lo vieron venir, se burlaron de él y le dijeron:

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

